

V

Nos interesamos más por ciertos enfermos, sin conocerlos, que por otros, á quienes tampoco conocemos. Esta reflexión me la repito yo, esta mañana, camino del hospital. Esas preferencias obedecen á causas múltiples casi inconscientes, en su mayoría. Claro es que nuestra piedad resulta más activa con los que padecen más ó que están afligidos de enfermedades más repugnantes; el recuerdo de éstos nos obsesiona, en efecto, en tanto que tantos otros incurables, menos dañados al parecer, pasan sin que reparemos en ellos, en este extraño calidoscopio de males que no cesa de girar en este hospital en donde, sin tregua, moribundos sustituyen á moribundos. No hay duda también de que, queriéndolo ó sin querer, nos sentimos más atraídos hacia una joven impedida y bonita, que hacia una anciana, y más emocionados por los dolores de un niño que por los de un hombre. Me parece no equivocarme al

asegurar que tal es el tipo de sensibilidad predominante en la mayoría de los humanos. Añadamos también que simpatías no determinadas, esta vez, por el mayor ó menor atractivo de las facciones, por la diferencia de sexos ó por la mayor ó menor lástima que inspiran los padecimientos, nacen en favor de unos enfermos y no en favor de otros. Se detiene uno con tal ó cual, en tanto que ni siquiera le dan ganas de dirigirles la palabra á sus vecinos de cama, de donde resulta que cierto lazo se establece con ellos, y que así se explica el interés más especial que uno siente por ellos; mas la verdadera razón de tal simpatía permanece, en este caso, en la obscuridad; procede de un impulso que quizá no pudiéramos analizar. Finalmente, á veces, en la referida preferencia desempeña importante papel una tercera persona que nos interesa más que el enfermo mismo, pero que nos obliga, de rechazo, á quererle.

Tal es, creo yo, el caso de esa pequeña de los pies gangrenados, á la que de nuevo voy á ver; no me es, por cierto, indiferente la suerte de esa niña que ha padecido el más tremendo de los martirios, pero confieso que me siento más atraído por la heroica abnegación de la bonísima anciana que la cuida y que tanto se alegra de que vaya la gente á saber noticias de su protegida. La pequeña va mejor de día en día; claro es que sus pies no son preciosidades; pero, ¿lo han sido al-

guna vez? ahora, siquiera tienen forma de pies; su color se va aclarando, de rojo obscuro se va volviendo sonrosado. Desgraciadamente, va á marcharse con la peregrinación que la trajo, y sólo dentro de un año, admitiendo que todavía la traigan á Lourdes, sabré si quedó definitivamente curada. En cuanto al hombre de la lengua colgante, ha salido del hospital en el mismo estado; igual le acontece á la raquitiquilla anidada en su minúsculo coche: ha salido de la piscina tal como entró, y la caritativa señora se la lleva, sin demasiada tristeza, pues, según dice, el viaje ha proporcionado á su protegida un cambio de aire y un poco de distracción.

Entre los enfermos que han sustituido, en las salas de la planta baja, á los que se han marchado, hay, en la sala de mujeres, dos casos espantosos. Uno de ellos es el de una desgraciada, tendida, como sobre un bastidor de madera; no se ve de ella más que un poco de cara lívida en el hueco de una almohada cuyas dos puntas superiores caen sobre aquella cara; tiene, dicha enferma, una tuberculización general y aguda de los pulmones, el terrible mal de Pott, que le ha torcido la columna vertebral y cubierto las caderas de fístulas supurantes y de abscesos; está empapada en un lago de pus. El otro es el de una monjita de un convento de Saint-Brieuc, que yace en una cesta de mimbre; es bonita y parece estar muerta; las mejillas son de una palidez

asombrosa, los párpados están cerrados, los labios son de color de piedra pómez. Un sacerdote camillero habla con una religiosa que cuida de ella; me admite en su conversación y me dice que sor Justiniano tiene veintiséis años, que, después de un ataque de pleuresía seguida de hemoptisis, está, desde hace un año, inmovilizada por una coxalgia con rigidez articular y deformación del miembro inferior. Tiene la pierna encerrada en un apósito de escayola, y su estado de agotamiento es tal, que todos se extrañan de que pueda seguir viviendo.

En la sala de los hombres hay cancerosos de tez pajiza, tísicos de ojos brillantes y como surcados por aguas, un anciano cuya cara bronceada delata el mal de Addison, paráliticos, infelices que se arrastran sobre muletas; pocas úlceras, por lo menos aparentes, pero una especie de lepra que hincha la cara de un hombre cuya piel parece haber sido repujada, en un cuero granujiento de color de mosto.

Y subo al primer piso. En una de las salas ocupadas por la peregrinación de Belley que acaba de llegar y que se instala, las hermanas del Espíritu Santo van y vienen, solícitas; llevan el magnífico hábito de las religiosas del hospital de Beaune — pertenecen, en efecto, á la misma Orden —: falda azul con amplias mangas que se cierran en la muñeca, y el alto tocado de tela de hilo blanca, el traje mismo de las monjas del si-

glo xv. Una de ellas consuela á un niño que llora y que tiene una pierna aprisionada en un aparato de madera; tiene, como la monjita de abajo, coxalgia tuberculosa; abscesos han reventado en la pierna y en los riñones. Me dice la hermana que ha sido penoso el viaje, no por este niño, sino por una de las tísicas que vienen, la cual ha estado á punto de morir en el tren, á consecuencia de un vómito; y añade que todo eso ya pasó, y que es menester, ahora, que todos sus enfermos vuelvan curados. ¡Cuánta esperanza tiene, la simpática y anciana monja, con su cándida mirada y su asomo de sonrisa, tan dulce!

La dejo y me cruzo en un pasillo con dos ciegos, de los cuales uno tiene ojos que parecen lechecillas de pescado cocido; los del otro parecen corteza de queso mantecoso; á ambos los guía un oftálmico que ve lo suficiente para guiarse, pero de cuyos párpados vueltos y como en carne viva, manan, sin descanso, á lo largo de las mejillas, hilos de lágrimas. Al verlos recuerdo el cuadro de Breughel, en el que también expresados están los gestos indecisos de los ciegos y las varias clases de ceguera que padecen. Penetro ahora en otra sala; en ella, entre los enfermos traídos por los holandeses, figura un verdadero gnomo, un chicuelo hundido, todo vestido, bajo una manta; lleva un sombrero tirolés de fieltro verde.

Tiene una cabezà de jorobado, blanca, como escaldada y luego raspada, sin expresión alguna,

sin un gesto; aseméjase, así tendido de espaldas, con la jiba de su pecho que alza la manta y sus descarnados y endebles miembros, á una rana. Parece insensible, como sumido en una especie de coma. Me contestan sencillamente, al preguntar qué mal ha podido reducirlo á semejante estado: « tiene podrida la columna vertebral ».

En cuanto á los demás inválidos de la misma peregrinación, hacinados en esta sala, son incurables, pero que pueden vivir más ó menos tiempo: abundan, sobre todo, escrofulosos é impedidos.

Un olor soso nada en la atmósfera; siento necesidad de respirar otro aire, y, al salir del hospital, caigo en medio de una peregrinación que canta con voces cansadas:

En nuestro país, en la Viena,
Todos te queremos.

¡ Oh María, sé Reina,

En nuestro país, en nuestro país!

En seguida veo, al examinar los movimientos pesados y las miradas atontadas de aquellos hombres y de aquellas mujeres, y al oír su cántico tontón, que dichos peregrinos pertenecen á la raza subalterna del Poitou.

Para evitarlos huyo por otro camino, y mientras voy andando me repito lo que sin duda se dice el que más y el que menos, después de haber presenciado en el hospital el desfile de tanta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1625 MONTERREY, MEXICO

miseria y de tantos dolores : ¡ Cuánto tengo que agradecerte, Señor, el que me hayas librado de semejantes enfermedades ! Lo cierto es que hay que venir á Lourdes si quiere uno darse cuenta de lo que puede llegar á ser el guiñapo humano cuando se descompone. No hay clínica capaz de presentar semejante variedad de monstruos. Recuerda uno los fabulosos animales de la Edad Media ; mas, ¿ qué son todos ellos comparados con la calavera del lupus manando sangre y con la lengua tumefacta que precedía á su dueño, el campesino de Coutances ?

Voy á la oficina de las comprobaciones. ¿ Veré en ella, después del cuadro descorazonador del hospital, la alegre escena de un miraculado que brota, regenerado, de la piscina ? Ocupa dicha oficina, bajo los arcos de la rampa que va de la explanada á la basílica, un reducido edificio alumbrado por ventanas de cristales de colores, reciamente protegidas contra la muchedumbre por barras de hierro, y dominado por una estatua de San Lucas.

El interior, más bien obscuro, con las paredes completamente revestidas de madera, lo mismo que su techo, en forma de bóveda, evoca la idea de un camarote de barco. Entre las dos ventanas, del lado de la explanada, una extensa mesa seguida de otra, que forma ángulo con la primera ; y, entre las dos ventanas, un crucifijo ; enfrente, una chimenea sobre cuya meseta hay

una estatua de Nuestra Señora de Lourdes ; á la izquierda, una puerta dando á otra salita en la que los médicos efectúan los reconocimientos ; á la derecha, retratos de miraculados, en marcos, y, frente á frente de la puerta de entrada, otra que se abre, detrás de la subida, sobre el camino que bordea el Gave ; algunos bancos, butacas, sillas, armarios con expedientes y registros : me parece que no hay más.

Ante la mayor de las dos mesas está sentado el Dr. Boissarie, y á su izquierda, frente á la otra mesa, se halla su lugarteniente, el Dr. Cox. La primera impresión, cuando asiste uno al interrogatorio de los enfermos, es que el Dr. Boissarie es un juez, un juez brusco y bondadoso, que, con la sonrisa en los labios, somete al enfermo al tormento de minucioso interrogatorio ; el amable Dr. Cox hace entonces el papel de escribano ; y mientras escribe, echa de cuando en cuando una ojeada sobre los inculcados, cuyas contestaciones anota, si lo juzga oportuno.

La verdad es, digan lo que quieran los que sólo de oídas conocen la clínica de Lourdes, que esos dos médicos son muy desconfiados, y que no conservan, para sus anales, sino muy pocos casos de todos los que, realmente extraordinarios, desfilan ante su vista.

Al verme, el Dr. Boissarie me hace seña de que me siente á su lado, y sigue hablando plácidamente con una joven de aspecto algo raro, una

paralítica que declara haber sido curada milagrosamente, esta mañana, después de tomar sólo un baño. No forma parte de ninguna peregrinación, no posee ningún certificado de médico, nada que ilustre sobre sus antecedentes; además, se ve que no habla con franqueza, y se calla sobre el origen de su mal; pero las ha con un hombre pacienzudo que la incita á que se contradiga, que le dice: « Vamos á ver, ha debido usted de seguir tal plan curativo, sentir tal ó cual síntoma... » Y poco á poco acaba por extirparle la verdad, por hacerle confesar que es propensa á ataques nerviosos, y que, cuando le dan, no sobran cuatro hombres para sujetarla. El doctor la despidió con palabras cariñosas y me dice: « Moneda falsa. »

Y vienen otros, mejorados, no curados del todo. — Vamos á ver, ande usted un poco sin sus muletas. — Y trata el hombre de dar algunos pasos, pero se detiene, sin fuerzas; acuden con una silla. Le preguntan entonces cuánto tiempo ha de permanecer en Lourdes, y le invitan á que de nuevo venga á hacerse examinar, antes de marcharse.

Y así con otros... Sin mentir puede decirse que la oficina de las comprobaciones no quiere ver milagros y más milagros en todas las curaciones; no, pues aquí, todo padecimiento que pueda proceder de un destartalo del sistema nervioso es rigurosamente rechazado; y, en cuanto

á las demás, sólo al cabo de algunos años se pronuncian los médicos, cuando todo el mundo ha podido asegurarse de que en efecto no ha habido recaída. Por desgracia no observa la prensa precauciones tan prudentes; hace justamente lo contrario de lo que se hace en la clínica, y, al entusiasmarse con curaciones sobrenaturales que nada tienen de esto, suministra armas á la crítica, la cual sólo ha tenido, para guiarse, informes inexactos. Según los corresponsales de los periódicos católicos venidos para asistir á las peregrinaciones, abundan los milagros; si uno ha visto tantos, el otro ha visto más. ¡ Si así fuera, los no curados formarían la excepción, y el verdadero miraculado resultaría aquel que no lo fuera!

— ¿Conoce usted á madama Rouchel? me pregunta el Dr. Boissarie. — No. — Pues se la enseñaré á usted dentro de un rato, porque está ahora en Lourdes, y va á venir, esta misma mañana. Y me recuerda, hojeando un legajo que le traen, el milagro comprobado, positivo, innegable, de un lupus curado instantáneamente, y que no ha vuelto á asomar, desde 1903, año en que se efectuó la curación.

Miro también yo el expediente; está atestado de informes, de certificados de médicos; antes de venir aquí dicha señora había sido examinada por todos los doctores de la Lorena, asistida por todos los especialistas de las enfermedades de

la piel; todos los certificados concuerdan, y todos dicen que es imposible curar un lupus llegado á semejante estado de desarrollo.

Es increíble lo que se ha intentado para detener la marcha invasora de la tal úlcera; destruyeron la mandíbula de la desgraciada, le sacaron dientes y muelas; fué cauterizada sin medida... y seguía el lupus devorándola viva y esparciendo tan nauseabundo olor, que nadie quería ya hacerle las curas. La cara se había convertido en algo que espantaba. La nariz y la boca confundidas eran un rojo cráter de donde manaban hilos de lava de color de azufre; las mejillas tenían cada una un agujero del tamaño de un dedo meñique, siendo preciso taparlos con tapones de algodón en rama cuando la desdichada enferma quería comer ó beber, por miedo á que comida y bebida salieran por semejantes agujeros. Tan desesperada era su situación, que ya estaba decidida á tirarse al río. Un vicario de la iglesia de Saint-Maximin, de Metz, en donde ella residía, el abate Hamann, se lo impidió y consiguió que fuera admitida la pobre señora entre los enfermos que la peregrinación de dicha ciudad enviaba á Lourdes.

Llegada ante la gruta, reza, y, después, bañándose en la piscina lo que le sirve de cara. Al día siguiente, de nuevo se empapa la cara con una esponja, pero sin más éxito que la víspera; aquel mismo día, avergonzada, sintiéndose un objeto

de horror para todos, á las cuatro de la tarde, en el momento de la procesión del Santísimo en la explanada, no quiere colocarse en las hileras de los enfermos y se va al Rosario, vacío en aquel momento, ocultándose detrás del altar mayor. Leía, arrodillada, sus oraciones en un devocionario, cuando, terminada la procesión, el obispo de Saint-Dié, que era quien había llevado al Santísimo, volvió para depositarlo en el Rosario. En aquel momento, la venda que tapaba la cara de la enferma se desata y cae sobre su libro, manchándolo de sangre y de pus. De nuevo la ata, más firme, con dos nudos, é, intimidada por el gentío que sigue al obispo y que penetra en la iglesia, se desliza y se va á la fuente para beber. Inclínada estaba sobre el grifo, cuando de nuevo se cae la venda; algo sorprendida, por estar segura de que la había atado bien, vuelve á sujetarla y se va al hospital, pidiendo que le pongan otra que no se caiga. Se la quitan, y las dos personas que la han desatado arrojan un grito: ¡Está usted curada! — No lo creía; fué misterioso que se viera en un espejo para que se convenciera de que realmente había desaparecido el lupus, como por ensalmo, en un segundo. La cara se había reconstituido, la nariz se había restaurado, más ó menos estéticamente, los agujeros de las mejillas y del paladar se habían cerrado; las carnes se habían reconstituido por sí mismas espontáneamente.

Y mientras estamos hablando de tan asombroso fenómeno, la buena señora entra y saluda al doctor, riéndose; parece tener unos 54 años; es gruesa, anda pesadamente; tiene aspecto vulgar. Miro su cara: parece conservar rastros de una antigua quemadura; tiene ramalazos sonrosados y blancos; quedan aparentes las señales de las cicatrices. Esta mujer es fea, pero de una fealdad que no repugna.

Y mientras la examinan los médicos que se hallan en el despacho, hablo con el Dr. Boissarie de aquel otro caso de lupus á cuya curación asistió Zola, en Lourdes, el de la joven María Lemarchand, uno de los personajes de su libro. La curación, que se efectuó en 20 de agosto de 1892, fué, cuál la de la señora Rouchel, á la que precedió, instantánea.

Pero María Lemarchand se sintió curar. No bien la locionaron con agua de la piscina, principió á padecer dolores atroces, y tuvo la inmediata certeza de que estaba curada. Y, en efecto, lo estaba. Un médico, el Dr. d'Hombres, que se hallaba presente y que se había fijado en ella mientras lavaba la joven misma la horrible pasta que formaba su cara, y que la examinó en el momento de salir la enferma de la piscina, declaró explícitamente lo que sigue: « En vez de la asquerosa y horrible llaga, vi una superficie seca, como cubierta de una epidermis de reciente formación. »

No quiso Zola confesar semejante espontaneidad, que sin embargo vió con sus propios ojos; prefirió contar que el aspecto de la cara iba mejorando, pero poco á poco, que la curación se efectuaba con indolencia; inventó etapas y gradaciones para no verse obligado á confesar que aquel súbito renacimiento de una cara destruída se hallaba fuera de las leyes de la naturaleza humana, pues confesar esto hubiera sido confesar el milagro.

En efecto, en esto estriba toda la cuestión. Que el lupus, tan rebelde á toda medicación, pueda, sin embargo, desaparecer al cabo de mucho tiempo, eso es posible; pero ni los antiguos métodos, ni la nueva terapéutica de los rayos invisibles ó visibles han hecho, ni harán, que desaparezca, que se evapore, en un abrir y cerrar de ojos. La naturaleza no puede cerrar una llaga en un segundo, no pueden las carnes restaurarse en un minuto. Lo que en semejante caso constituye el elemento del milagro es, mucho menos la curación que su rapidez, que su instantaneidad.

La historia de María Lemarchand, tal como Zola nos la relata, es pues resueltamente inexacta; deseoso de suministrar argumentos á los adversarios de lo sobrenatural, insinuó, en su obra, á más de la mentirosa lentitud de la curación, que aquel lupus podía muy bien ser un lupus falso, de origen nervioso. Bueno; ¿y qué? aun admi-

tiendo que así sea, ¿en qué cambia esto la cuestión? No por eso desaparece el punto principal, la repentina refección de las células y de los tejidos. Una sacudida nerviosa no tiene, creo yo, poder suficiente para hacer que en el acto renazcan carnes: ¿entonces?... — Pero, no; muy distinta es la verdad: el origen del lupus de María Lemarchand es conocidísimo; ha sido certificado por médicos, garantizado por el estado mismo de la enferma, tísica cuando vino á Lourdes. Su lupus era, como la mayor parte de ellos, de origen tuberculoso. Añadamos que los tubérculos del pulmón se marcharon al mismo tiempo que las úlceras de la cara: de modo que, en realidad, la Virgen efectuó una doble curación. Doce años han transcurrido, y ninguno de los dos padecimientos se ha vuelto á presentar: se puede pues afirmar que María Lemarchand es una miraculada realmente curada.

Y pienso en los casos semejantes, y sin embargo distintos, de las dos mujeres: la señora Rouchel no sintió ninguna conmoción, ninguna de esas corrientes, calientes ó frías, que con tanta frecuencia son los síntomas premonitorios de las curaciones de Lourdes; fué curada sin sentir, sin notar, lejos de las súplicas de la muchedumbre y de las piscinas, sola, en un rincón. En cambio, la joven Lemarchand padeció atrocemente en la piscina, se sintió curar, y, en cambio, no ha conservado, como la señora Rouchel, rastro

algún de las cicatrices de sus llagas: ni costurones blancos ni placas sonrosadas; su cara se ha vuelto como estaba antes de la enfermedad.

De mis reflexiones me saca el ruido de las conversaciones que se cruzan en la sala, que poco á poco ha ido llenándose: médicos, sacerdotes, curiosos se hacinan; el secretario del obispo de Tarbes, el afable señor Eckert, entra, en busca de informes para el Diario de la Gruta, dirigido por él, y se instala cerca del Dr. Cox; y de nuevo se abre la puerta, y una joven, acompañada de dos señoras, pide ser examinada.

Le preguntan su nombre: Virginia Durand, de 19 años de edad, domiciliada en Saint-Michel Chef-Chef, en el Loira Inferior; dice que estaba tísica y que fué curada el año próximo pasado. El Dr. Cox se levanta, va en busca de los expedientes y de los registros, y, en efecto, encuentra el apellido, y en voz alta da lectura de las piezas.

De ellas resulta que Virginia Durand vino con la peregrinación nantesa, el año pasado; presentó un certificado facultativo afirmando que padecía tuberculosis de los pulmones; los esputos habían sido analizados: no podía dudarse de la naturaleza del mal. Había tenido numerosas hemoptisis, cayendo en tal estado de debilidad, que le era imposible permanecer mucho rato en pie. En el baño en que la hundieron padeció espantosos dolores, y á punto estuvo de fallecer en medio de una crisis de ahogo que la acometió;

pero, aun antes mismo de ser retirada del agua, sintió un bienestar indecible, inmediatamente después de tanto tormento; y había podido vestirse sola, é ir á la gruta sin ayuda de nadie, comer con apetito y dormir. Aquel mismo día fué auscultada, y ni rastros de lesiones se le encontraron.

— ¿Tiene usted un nuevo certificado de su médico? pregunta el Dr. Boissarie; la joven presenta uno que afirma que no ha vuelto á estar enferma desde su regreso á su país, y que su peso ha aumentado de doce kilos.

— ¿Quieren ustedes examinar á esta señorita? propone el doctor á varios médicos que rodean á la antigua enferma; dos de ellos aceptan, la auscultan en la sala vecina, y declaran, al volver, que los pulmones no presentan nada anormal.

El Dr. Cox añade al expediente el nuevo certificado, toma nota de la consulta actual, y, al año que viene, cuando de nuevo venga la joven á Lourdes, otra vez será examinada, para ver si su curación se ha sostenido ó no.

Hay enfermos curados que, desde hace quince años, vuelven, por agradecimiento, á la gruta, y cada vez se presentan en la clínica; de suerte que, año tras año, siguen los médicos el estado de su salud: el archivo de Lourdes es un verdadero archivo de muchas familias.

— ¡Ah, señores! exclama de repente el Dr. Boissarie, aquí tenemos un caso interesante

y que ya hemos estudiado detenidamente, hace unos días. Entre usted, hija mía, entre y siéntese ahí.

Y puesto en pie, en medio del repentino silencio, dice, designando á una joven sentada en una butaca:

La señorita Rosalía Meunier, aquí presente, forma parte de la peregrinación diocesana de Belley; vive en el pueblo de Cuet, en donde nació el Bienaventurado Chanel, padre marista, que, como ustedes saben, fué martirizado en 1840, en Oceanía. Su memoria es objeto de un culto ferviente en dicho pueblo; estos detalles no son inútiles, como verán ustedes después.

La señorita Meunier pertenece á una familia de cultivadores; de los seis hijos que tuvo el matrimonio, dos murieron del pecho; la persona aquí presente fué acometida, á los quince años de edad, de una enfermedad que la iba consumiendo, sin causa bien definida; enfermedad que paralizó su desarrollo y que se complicó, hace cosa de diez y nueve años, de un estado de dispepsia tal, que se vió obligada la enferma á tomar sólo leche y eso en dosis harto insuficientes para alimentarse; es más, para no vomitarla, érale preciso tomarla por medio de un tubo de caucho.

Los médicos cuyos certificados poseemos habían renunciado á asistirle; no salía de su cuarto; no podía soportar ni luz ni ruido, y, hace algún tiempo, habíase vuelto, á consecuencia de

inanición, de tal manera débil, que se creyó que iba á fallecer, y fué administrada.

Pero tenía la devoción de su país, la devoción al Bienaventurado Chanel. Abandonada por la ciencia, que se declaraba impotente para siquiera aliviarla, se entregó en manos del mártir, y, después de haberlo invocado con fervor, tuvo la repentina intuición de que conseguiría el Bienaventurado su curación de la Virgen, y vino á Lourdes. Partió en 6 de septiembre, y aquel viaje de veintiséis horas fué de lo más penoso; no cesaron los vómitos hasta Lyon, llegó en ayunas al día siguiente por la noche á Lourdes, y fué colocada en el hospital de Nuestra Señora de los Dolores. El 8, se fué arrastrando temprano hasta la capilla del hospital, le rezó al Bienaventurado, y fué llevada á la gruta, en donde recibió la Santa Comunión. En seguida sintió como si le descuartizaran el estómago, como si, según su expresión, se lo abrieran como un libro; y desde aquel momento ya no sufre, y come con apetito lo que le dan. Aún está algo pálida, pero de día en día va mejorándose.

He creído deber señalar á los señores eclesiásticos aquí presentes, por si puede interesar á la canonización del Bienaventurado, actualmente sometida á la Congregación de los Ritos, en Roma, la intervención de dicho mártir, cerca de la Virgen, en esta curación.

Añadiré que ya dos veces hemos podido com-

probar su papel de mediador cerca de la Inmaculada Concepción de Lourdes: una vez, con motivo de uno de sus compatriotas, Vion-Dury, ciego incurable que, después de haberle hecho una novena, se humedeció los ojos con agua de la fuente y recobró inmediatamente la vista; otra, con motivo de una mujer de la peregrinación de Belley, la cual lo imploró en la capilla del hospital de Nuestra Señora, y fué curada, aquel mismo día, después de haber comulgado en la gruta.

En lo que respecta á la enfermedad en sí de la Srta. Meunier, llamo la atención de mis colegas sobre las condiciones en que se efectuó su curación. ¿Podía esta persona, enferma desde hacía diez y nueve años, curarse por los solos esfuerzos de la naturaleza? Sí; desde el punto de vista teórico, puede sostenerse esta opinión, pero no, sin embargo, en el espacio de un minuto, mientras dura una comunión; pues no puede la naturaleza cicatrizar una llaga en un segundo, así como tampoco puede rehacer de repente una economía minada por diez y nueve años de inanición. Esta instantaneidad en los resultados debe sobre todo fijar la atención de ustedes, pues, como de sobra saben, no está en nuestro poder el suprimir la convalecencia y pasar, sin transición, de la enfermedad grave á la salud.

Y mientras esto dice el médico, estoy yo pen-

sando que esta curación, dado que persista, se ha efectuado sin baño, sin vaso de agua, sin gentío, sin gritos, sin bendición del Santísimo Sacramento, después de una simple comunión, lo cual prueba cuán falsas son todas las hipótesis que atribuyen las curaciones de Lourdes al estreñecimiento causado por el agua fría y á la sugestión de las ruidosas muchedumbres. ; Y, en todo caso, de cuán distintas maneras se cura la gente en Lourdes, cuando está decretado que ha de curarse !

VI

La fealdad de cuanto se ve aquí acaba por no ser natural, pues no tiene parecido alguno con lo que solemos ver : el hombre solo, sin una sugestión venida de las gemonías del más allá, no conseguiría deshonorar á Dios tan cumplidamente. Hay en Lourdes tal plétora de bajeza, tal hemorragia de mal gusto, que, forzosamente, se impone á nosotros la idea de una intervención del Bajísimo.

Dejo á un lado la basílica, que tiritita, escueta como una estaca, bajo su sombrero ridículo, en su delgado traje de piedra, sobre la húmeda meseta de su roca ; pero, ¿ qué decir del Rosario, de ese circo hidrópico cuyo abultado vientre forma un bombo bajo sus pies ? ; Cómo definir esa construcción, sobre todo en su parte interna ? Quisiera uno saber de qué estilo procede, pues de todo hay en ella : bizantino y románico, estilo de hipódromo y de casino ; pero, mirándolo bien,